

15. La Pantera Blanca

Era pequeña y regordeta, de andares balanceantes obligados por sus anchos muslos que se intuían grasientos bajo el amplio hábito blanco que estaba siempre impecable y olía a jabón; una gran toca almidonada le cubría la cabeza ocultando casi la cara sonrosada. Sus ojos pequeños semicerrados podían ver en trescientos sesenta grados, a juzgar por su capacidad de descubrir las faltas de otros, la boca era diminuta, y tenía los labios apretados ocultando sus dientes oscuros, negando siempre una palabra amable y escupiendo a destajo amenazas y órdenes. Escondía sus manos en los bolsillos de su hábito para que no se notara su crispación, aunque solían estar prestas a largar un zurdazo a las reclusas, capaz de derribar a la más fuerte. Era la jefa de las vigilantes, la superiora de las Mercedarias, responsable de la redención de las condenadas y de su salvación eterna, que no terrenal. Su sadismo era proverbial y supo contagiar a toda la comunidad carcelaria sus virtudes más lacerantes, bajo el lema: *Por Dios y por España*.

El hambre, la injusticia, el dolor y la pena unen a quienes lo padecen. Al igual que los peces pequeños forman grandes bolas para defenderse de los depredadores, las presas se unieron para sobrellevar la dura tarea de sobrevivir, apoyadas unas en otras, consoladas y escuchadas.

Rosa era una sevillana anarquista cuyo esposo había sido fusilado al inicio del alzamiento, víctima de la política del general Sanjurjo de implantar el terror. Era una mujer fina, espigada, ojos verdes, morena con rizos enmarañados, simpática y sonriente, contenta como si no pasara nada. Tenía un hijo de un año y su alegría era contagiosa.

Llegó tres semanas más tarde que las guipuzcoanas, junto con otras cien presas. Tras un viaje muy duro y largo, dejando por el camino a una parte de sus compañeras. Entró en el pabellón de las madres arrastrando los pies sin dejar de apretar, contra su vacío pecho, a su hijo que sufría unas fiebres que le auguraban un corto futuro. Las vascas, como ella decía emocionada, cuidaron de su hijo, lo alimentaron y acallaron sus gemidos, hicieron todo lo posible para evitar que ingresara en la enfermería cuya puerta solo tenía una dirección, no había retorno. Fue la mejor amiga de Amalia mientras duró su cautiverio; compartió con ella risas y lágrimas, chuscos de pan y restos de zanahorias, desalientos y esperanzas.

—Toma —le dijo un día Rosa, muy queda, mientras le pasaba un papel doblado.

—¿Cómo es posible? —exclamó emocionada al abrir la hoja de papel y reconocer la letra de Krispín.

Querida Amalia: Ésta es la sexta carta que te escribo y tampoco sé si llegará a su destino. Supe que os habían detenido, a ti con Lucas y casi me muero de la pena tan gorda. Sentí mucho lo de tu padre. Nosotros estamos muy bien en Vizcaya y tu madre y tu hermana en Pasajes mucho mejor. Os quiero mucho, mucho. Krispín.

No pudo menos que reír nerviosamente de alegría por tener noticias. En un instante descubrió que una nueva vida le esperaba, solo tenía que aguantar a que pasara esta pesadilla. Lo de su padre lo supo desde que vio a su madre en la estación y lo tenía oculto detrás de lo esencial que era Lucas. Lloró de nuevo a Francisco, el hombre bonachón y nostálgico que fue.

—Pero, ¿cómo has logrado? —preguntó, más calmada pero todavía sollozando.

—Pchiiissss. Es mucho mejor que no lo sepas, cállate —dijo su amiga mirando alrededor del patio por si volvía la carcelera.

—Y rómpelo, tíralo al agua o cómetelo —añadió Rosa.

Las monjas controlaban todo el correo, lo rompían después de leerlo para conocer mejor a las reclusas, decían entre ellas justificándose, y solo cuando ensalzaban a Dios, a la Virgen o, mejor, al Caudillo, le daban continuidad. Las inquisidoras comentaban con desdén el contenido de ciertas misivas. Cuando entre leían lo que consideraban de contenido belicista corrían a chivarse al director *por el bien de la Patria*; algunas apretaban el papel de las cartas de amor y las guardaban en la manga para luego, en la soledad de su celda, leerlas con fruición y, tal vez, con pasión. Llegaron a disputarse la lectura de determinados remitentes como si ellas fueran las destinatarias, que era lo que soñaban; hubieran dado la libertad que nunca tuvieron por serlo.

Amalia contestó y pudo recibir noticias a través de su amiga, aunque muy escuetas y cuidando mucho lo que decía, no fuera que un día la pillaran. Miraba alrededor del campo, hacia el exterior, soñando la vida de los libres e imaginando quién era su cartero

fiel. Tal vez el panadero, o un soldado comprado, o el patatero, el médico posiblemente, y si fuera una novicia escandalizada por el comportamiento de sus compañeras religiosas... Era mejor no saberlo.

Cantaban obligadas el *Cara al Sol* al iniciar el día con el brazo en alto y debían saludar de la misma manera cuando se cruzaban con un superior o una monja, no hacerlo suponía un castigo, como lo era hablar fuera del recreo, o mirarse con complicidad; estaba prohibido casi todo, hasta cantar lo que no fueran los himnos marciales, y especialmente castigado hablar en euskera incluso cuando había personas que no conocían otro idioma... Nola izan ziteken!²⁹

Cualquier gesto podía ser interpretado como una falta de respeto y recibir la temida tortura de la celda de castigo durante varios días o un mes. El caso era humillar, ofender, torturar, herir... Para satisfacción de las monjas, en especial de la Pantera Blanca, cuya crueldad se había hecho legendaria.

La celda de castigo era una mazmorra con un banco de piedra pegado a la húmeda pared. Estaba debajo del nivel del río, de manera que con las mareas vivas se inundaba, el agua podía llegar a las rodillas, entonces la inquilina tenía que dormir encima del banco. Era difícil sobrevivir a enfermedades, sobre todo neumonías y bronquitis. Cuando había más castigadas que celdas, se utilizaba la sala donde acumulaban las cajas de madera de las fallecidas. El terror producía otras enfermedades psíquicas más difíciles de curar. Un agujero en la puerta de las celdas y el mortuorio, servía a la Pantera para deleitarse con la vigilancia del sufrimiento de las reclusas. Era una enferma peligrosa con mando.

29 ¡Cómo podía ser eso!

—Prométeme que, si me pasara algo, tú cuidarás de Arturito, mi hijo. —Rosa le rogó premonitoria a Amalia un día después de que la Pantera le abroncara por una nimiedad. Estaba señalada.

—Claro, lo juro, por supuesto, ya lo sabes. Estate tranquila. Y al revés, claro —se prometieron las amigas. Los pactos solo servían de consuelo, que era mucho.

Sor Lourdes y sor Juliana eran lesbianas. Lo intentaban ocultar, dada su condición religiosa, pero les dominaba más la pasión por algunas reclusas con las que tenían relaciones en base a su poder. Todas sabían lo que significaba cuando ordenaban a una presa que las acompañaran para hacer la inspección de los camarotes vacíos. Solo podían callar y otorgar, acobardadas. En aquel mundo de hambruna, desolación y muerte, una violación, un abuso no contabilizaba como dolor, pero rechazarlo podía significar una lenta tortura por maltrato, humillación y castigo. La muerte de una madre era sinónimo de la desaparición del niño, llevado a una institución o dado en adopción.

—Tenemos que hacer algo, La Pantera nos irá aniquilando a nosotras y a nuestros hijos —dijo Carmen al grupo de madres reclusas, del cual era innegable líder, durante un recreo.

Hubo un murmullo de asentimiento, otro niño más acababa de fallecer, víctima directa de La Pantera que había enviado a su madre un mes a la celda de castigo, mientras su pequeño sufría sarampión, dijeron, u otra enfermedad causada por su desnutrición. Además, era notorio y determinante cómo las monjas traficaban con los alimentos destinados a las reclusas que vendían luego de estraperlo o en el mismo economato.

El maltrato crecía a diario sin que nadie pudiera poner coto a los desmanes y abusos de las religiosas.

—Yo propongo que nos la carguemos a pedradas, la lapidamos entre todas —sugirió una.

—Mejor la echamos al mar con piedras en los bolsillos —dijo otra.

—La envenenamos con matarratas.

—No os preocupéis, dejádmela a mí. Una botella de cristal rota servirá —pidió, enloquecida, la que había perdido a su hijo el día anterior. Fue el recreo más fructífero.

No había pasado una semana cuando corrió como la pólvora el notición: habían trasladado a La Pantera, a la asesina. Hubo gritos, cánticos y hasta bailes de alegría como si hubiera acabado la guerra, además, con ella cambiaron también al director de Saturarán, su socio, lo que evidenció la sospechada complicidad.

Lo más probable era que tantísimos desmanes de la superiora, conchabada con el administrador, hubieran llegado a oídos de alguien sensato de la Dirección General de Prisiones. También cabe que la propia Pantera supiera, por alguna de sus confidentes, su condena a muerte jurada por las presas a las que había arrebatado lo que más querían y que, ansiosas de venganza, serían capaces de cualquier cosa. No tenían ya nada más que perder. La congregación habría optado por retirarla.

Hacía tiempo que la crueldad y sadismo de la superiora carcelaria era sabido en la comarca, quizás gracias a alguna de las cartas que salían de prisión por vías ajenas al reglamento.

La ausencia de la madre superiora se notó desde los primeros días. Mejoró la alimentación, descendieron los castigos en celdas, se recibieron igual

número de paquetes pero llegaron muchos más a las destinatarias, el correo era abundante y hasta se permitieron algunas visitas. Las primeras fueron de los pueblos cercanos, Motrico y Ondarroa, que sin ser familiares ni amigos, no cesaron de aportar paquetes de ropa, comida y cestos de pescado para las presas anónimas de las cuales habían oído hablar y sentido su sufrimiento. Algunas personas se prestaron a adoptar niños cuya madre intuía su próximo fin.

La Pantera no estaba, pero su semilla había calado en las monjas de su congregación que, como las enormes ratas, esperaban un descuido para morder a los más débiles. Sin embargo, hubo religiosas que no compartieron sus métodos; una incluso desertó, incapaz de soportar tanta crueldad. Las malas imperaban. La situación había mejorado pero seguía siendo inhumana, se creó un estilo, una escuela de tortura que no desaparecería jamás. Enseguida proliferaron las pequeñas panteras, prestas a demostrar su buen hacer.

—A ver, sonreíd. Más, con ganas, mucho más... —decía el cura a un grupo de residentes con sus hijos para sacar la foto en la playa en un día soleado. Luego la publicarían en la revista Redención, de tirada nacional, con un subtítulo: *Las reclusas de Saturrarán en rehabilitación disfrutaban de un día de playa acompañadas de sus felices hijos*. Otra foto más cocinando y otra haciendo macramé en una ordenada sala, con el retrato de su Excelencia el Generalísimo al fondo. El nuevo régimen se afanaba por mejorar su imagen y publicitar sus esfuerzos por transformar la semilla podrida de los republicanos.

